Reseña 3. La labor de traducción de los franciscanos

Antonio Bueno García (coord.)
La labor de traducción de los franciscanos
Madrid: Ed. Cisneros, 2013

Esta obra reúne los resultados de la investigación llevada a cabo por un grupo de expertos en traducción conventual y monacal, presentados en un encuentro internacional en la ciudad franciscana de Asís. El libro comienza con el prólogo de José Antonio Merino, OFM, sobre la «vigencia de la antropología franciscana». En la introducción, Antonio Bueno, coordinador de la obra, expone unas pinceladas sobre los franciscanos españoles y la traducción «menor». Incide en la importancia que ha tenido la traducción entre los frailes Menores españoles en su misión evangelizadora por América. Subyace a lo largo de los diferentes trabajos recogidos en este volumen, una preocupación y no menos inquietud por sacar a la luz la labor de traducción franciscana, capaz de aglutinar doctrina, teología, filosofía, lengua, literatura, viaje, música y cine desde la humildad y entrega, pues su labor obedece a un planteamiento religioso y doctrinal. Entregado a su misión evangelizadora, el franciscano mostrará un gran empeño por logar el acercamiento a las poblaciones indígenas y para ello pone la traducción al servicio de la fe. Como bien dice «la traducción misionera tiene la singularidad de ser voz interpuesta», es la expresión de un humanismo.

Cada una de las aportaciones que los diferentes investigadores ha tratado de reflejar en esta obra que la tipología de la traducción franciscana es tan abundante que abarca cualquier tipo de textos, ya sean espirituales, hagiográficos, científicos, teológicos, literarios, de viajes, etc. y que su tarea evangelizadora no conoció fronteras.

Sobre el humanismo de Francisco de Asís, *Il Poverello*, nos habla José M. Alonso del Val, OFM. Hace alusión a la entrega apostólica, lo que suponía el acercamiento a otras lenguas, culturas y creencias religiosas. Asimismo, recoge los estudios realizados por Fr. Fernando de Uribe en los cuales se describen las claves de cómo se fue forjando la personalidad de Francisco a través de la experiencia. Para los estudiosos de su obra, Francisco de Asís sólo reflexionaba sobre lo que veía, oía y sentía. Gracias a valiosos trabajos de investigación llevados a cabo, se ha podido comprobar que su labor influyó también en el arte, la literatura y la historia de la civilización occidental, llegando incluso a

convertirse en «el símbolo del hombre de la gran utopía religiosa, social y ambiental» como ya indicara José Antonio Merino en el prólogo.

Tratar de encontrar las huellas del traductor anónimo de *Le Laude* ha sido tarea de Pilar Martino Alba. En su artículo «*Le Laude* de fray Japone da Todi en español: tras las huellas del traductor anónimo a través de prólogos y prefacios. Una propuesta de adscripción a fray Felipe de Sosa» trata de sacar a la luz claves para la posible adscripción de esta traducción a uno de los traductores que trabajaron para fray Marcos de Lisboa, promotor de esta edición publicada en Portugal. Martino analiza texto y contexto, tras lo cual se pregunta sobre la autoría del posible traductor, sobre el porqué de la diferente distribución de los cantos, del cambio de título, etc. Tras revisar el contexto político y religioso del siglo XVI, tanto en España como en Portugal, se plantea la hipótesis de que «un texto de tal calado teológico, cristológico y mariológico, que requería profundos conocimientos teológicos y de espiritualidad franciscana, sólo podía haber sido traducido por un franciscano». A través de prólogos y prefacios de obras de espiritualidad franciscana y/o traducidas al castellano por franciscanos, la articulista reconoce el gran valor documental que poseen a la hora de contextualizar una traducción a la vez que contribuye a conocer de primera mano aspectos del proceso traductor, y, además, obtener datos que apunten a «actores» de la traducción que de otra forma habrían caído en el olvido.

Por su parte, Carmen Cuéllar trata de acercarse a labor traductora de las Clarisas en España. La autora reconoce la tarea anónima realizada por las Clarisas en sus conventos a lo largo de la historia y para llevar a cabo este estudio las agrupa según la Federación a la que pertenezcan. Destaca la figura de Teresa Pujal quien desde 2005 colabora como traductora en la revista *Selecciones de franciscanismo,* traduciendo del francés al español y del francés al catalán. Pone también de relieve las traducciones realizadas en el Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra, donde varias hermanas Clarisas, desde principios de los noventa, se encargan de la traducción y edición castellana del *Boletín cTc comunione e comunicazione,* publicado en Roma por las Clarisas de todo el mundo. La revista se publica en seis lenguas. Se constata que la mayor parte de las traducciones que realizan las hermanas son a nivel interno de la Comunidad, de ahí que muchas caigan en el anonimato.

Juan Miguel Zarandona en su artículo «El Santo Grial y otras reliquias sagradas en la *Mística Ciudad de Dios* (1670) de la venerable M. Jesús de Ágreda (1602-1665)» establece una selección significativa de todos aquellos objetos de las vidas de Jesús y de María que convertidos en reliquias han protagonizado desde entonces la simbología material del cristianismo y de los que se derivan grandes enseñanzas de teología, catequética y liturgia. En el apartado dedicado a Teología, catequesis y liturgia en la *Mística Ciudad de Dios*, se reconoce a sor María de Jesús de Ágreda como la gran mística mariana del siglo XVII. Concluye el autor haciendo hincapié tanto en el valor y méritos de la *Mística Ciudad de Dios. Vida de la Virgen María* de sor María, como en el fenómeno de traducción y de Historia de la Traducción, protagonizado por un texto original en español.

Por otro lado, Miguel Ángel Vega Cernuda, en «Reflexiones críticas sobre la traducción al español de las fuentes franciscanas con especial referencia a las

Florecillas», analiza la recepción que las llamadas «fuentes franciscanas» han tenido en el mundo y en la cultura hispano-hablante, haciendo especial hincapié en el texto más popular de todas ellas: las *Florecilla.* Plantea como hipótesis que tanto la vida de los franciscanos como la imagen cultural del franciscanismo han dependido menos de la recepción traductora y de la lectura de estos textos que de la trasmisión oral e icónica. Para poder demostrar dicha hipótesis, parte del análisis de la traductografía de los franciscanos españoles, tomando como base, por un lado, la traducción como tipo de escritura, aplicación de un saber (hacer), y por otro la pertenencia a la orden franciscana como una «profesión». Según Miguel Ángel Vega, a lo largo de la historia, las órdenes religiosas que han adoptado las reglas franciscanas han destacado por su rasgo característico, la acción apostólica como predicación irénica del Evangelio, más que por su dedicación a la escritura. Si bien, para su labor evangelizadora era requisito fundamental establecer una relación muy estrecha entre la «misión lingüística» y la «misión itinerante». En esta misión lingüística del franciscanismo hispano destacan figuras de la traducción tan importantes como: Bernardino de Laredo, Diego de Estrella, Francisco de Osuna, Diego Navarro, etc.; y ya en el siglo xx traducciones que, arrancando de las lenguas clásicas, derivan también a las lenguas modernas, entre los que destacan Arcilla, Sanz Montes, Gómez Chao, León Amorós, Juan Bautista Gomis, Teófilo de Gusendos, Goebel von Walwig, José Luis Albizu, Rafael Fuster, etc. Una misión lingüística franciscana también con conocimientos del hebreo tales como Pelegrín de Manresa, Carlos de Villapadierna; o trabajos pioneros en lenguas de misión como el de Andrés de Olmos. Si nos preguntáramos por la caracterización de la traductografía en las órdenes franciscanas, Miguel Ángel Vega cree que deriva de su interés pastoral, espiritual y evangelizador que resume en el siguiente esquema: lengua/cultura de partida (texto de partida) = texto meta. Añade que, junto a esta «traducción sin texto de partida», hay también versiones «colectivizadas», aquellas que, disponiendo de texto original, carecen de autor individual, son casos en los que se puede hablar de «versión socializada»: una redacción «colectiva». Concluye Miguel Ángel Vega que, tras las múltiples ediciones aparecidas e investigaciones llevadas a cabo sobre las fuentes de la traducción, se sabe que las *Florecillas,* una especie de evangelio apócrifo de gran trascendencia social, donde se recoge la biografía y la espiritualidad franciscana, han sido igualmente traducidas tanto por una mano secular como consagrada y considera que para explicar la presencia del espíritu franciscano, donde quiera que sea, debemos partir de textos funcionales y de las traducciones que circularon por esos lugares.

Por su parte, Hugo Marquant intenta formular una reflexión de carácter traductológico sobre la metodología empleada por Pedro Gallego (-/1267), franciscano, obispo y confesor del Rey Alfonso x de Castilla, en las tres obras hasta hoy descubiertas por los medievalistas: el *Liber de animalibus*, el *De regitiua domus* y la *Summa de Astronomía*. Para ello se centra en las *traducciones* y participación realizadas por los hermanos menores en la textualidad científica en los dos últimos tercios del siglo xiii. Comenta Hugo Marquant que hasta 1924 no se tenía constancia de la producción científica que hubiera podido dejar el obispo Pedro Gallego. Los primeros manuscritos fueron encontrados en Roma

y en París por un bibliotecario de la Biblioteca del Vaticano, de origen alemán, Monseñor Augusto Pelzer. Se trata del *Liber de animalibus* (XII libros) y del *De regitiva domus* (V libros). Fue también el propio Pelzer quien propuso la categoría de *traducteur* para fray Pedro en una publicación titulada «Un traducteur inconnu: Pierre Gallego franciscain et premier évêque de Carthagène». Pedro Gallego traduce directamente del árabe al latín, pues él mismo confiesa en el prólogo de su libro *Liber de animaibus* conocer la lengua árabe. También plantea el problema de la diferencia entre los conceptos de «texte original» y «texte originaire». Siendo consciente de que quedan por identificar los manuscritos árabes originales de fray Pedro, se pregunta Hugo Marquant si una operación de transferencia efectuada simultáneamente sobre un texto original en árabe y una traducción latina del mismo puede ser considerada como una forma de traducción. Parece evidente que la intencionalidad de fray Pedro no es otra que la de «difundir entre el gran público europeo cristiano las cuestiones naturales y un acercamiento racional a todos los problemas relacionados con la naturaleza, tanto del hombre como del mundo que lo rodea» y en el que los franciscanos intervinieron activamente.

En el artículo «La traslación del discurso histórico-espiritual franciscano: Kajetan Esser traducido al español», Juan A. Albaladejo analiza los procedimientos interlingüísticos que aplica José Luis Albizu en la traducción de la obra *Anfänge und ursprüngliche Zielsetzungen des Ordens der Minderbrüder* escrita por Kajetan Esser, OFM, al español con el título de *La orden franciscana: orígenes e ideales.* A partir de un análisis contrastivo, nos revela los numerosos problemas traslativos relacionados con el discurso teológico-espiritual medieval de los franciscanos así como con la distancia diacrónica. De Kajetan Esser se dice que fue uno de los grandes franciscanólogos de la Orden y cuyo objetivo principal era hacer visible el espíritu auténtico de san Francisco a través de un análisis profundo de sus textos transmitidos y así eliminar las interpretaciones posteriores que habían contribuido a distorsionar la verdadera figura del santo. Recoge Albaladejo que uno de los traductores más destacados entre los franciscanos españoles es José Luis Albizu, de quien proceden dos títulos: *La orden franciscana: orígenes e ideales* (1976) y *El testamento de san Francisco de Asís.* Destaca el autor del artículo que Esser supo reflejar en sus obras un gran rigor científico, de un enorme aparato crítico y con innumerables referencias bibliográficas. Cuando Esser recurre a frases latinas más que a términos, el traductor las reexpresa sistemáticamente en español facilitando así la comprensión. Para Albaladejo, este hecho en términos de teoría de la traducción es hablar del «escopo» del texto meta pues el resultado final de la traducción dependería, para los funcionalistas, de la función que debe cumplir el texto meta y del público al que se dirige el *translatum*. Por todo ello, concluye el autor de este artículo que gracias al esfuerzo y habilidad traslativa de Albizu, hoy se puede comprender mejor la historia del franciscanismo.

En el artículo «La orientación didáctica en las traducciones franciscanas», Clara Revuelta analiza prólogos, prefacios, proemios, notas preliminares, presentaciones, «cuerpos de texto», epílogos, índices, notas bibliográficas, conclusiones, comentarios, etc. de 22 textos traducidos por franciscanos en los que ha identificado la presencia de «herramientas didácticas», herramientas textuales

de carácter formal, ortográfico y mixto que no son utilizadas por todos los textos bajo el mismo criterio como es el caso de las comillas dobles o simples, e incluso con los corchetes y paréntesis. Incide en la cultura del traductor en su doble dimensión de hombre inmerso en una «cultura profesional», la del traductor propiamente dicho, y en la cultura personal, determinada por la «asimilación de la cultura a la que pertenece por razón de espacio y tiempo vividos incluyendo en esta última a san Francisco de Asís. El objetivo que se plantea Revuelta es tratar de descubrir las coincidencias o discrepancias, por un lado, entre las traducciones realizadas por los franciscanos (Franciscanos conventuales, Orden de los Hermanos Menores y Franciscanos capuchinos) y la incidencia que en su vidas y en su obras tenían los objetivos de cada rama, y por otro lado entre las traducciones realizadas por los franciscanos de diferentes nacionalidades; y, por último, la coincidencia de autores y temas en espacios literarios o bibliotecas de diferentes países. Para ello, la autora plantea un amplio corpus de textos y una rigurosa metodología que le permite analizar diferentes herramientas didácticas. Concluye Clara Revuelta que, después de analizar los textos en función de las herramientas aplicadas para dar orientación didáctica a los textos, lo importante para los traductores franciscanos es considerar la función que les asigna el autor.

Enrique Cámara, en su artículo «Los otros traductores franciscanos: la traducción de documentos internos de la orden», nos habla de la traducción de textos a los que el investigador de fuera de la Orden no tiene fácil acceso. El traductor oficial franciscano, comenta Cámara, es un traductor *fático* que trabaja de forma incansable para su comunidad con el fin de contribuir a mantenerla unida en el carisma. Enrique Cámara distingue entre documentos externos, aquellos redactados por autores no franciscanos y posteriormente internalizados por los traductores franciscanos, como por ejemplo obras doctrinales, filosóficas, literarias de diversa índole, cartas de Papas y cardenales dirigidas a la comunidad franciscana; y documentos internos, cuyos autores originales son franciscanos, a su vez traducidos por franciscanos donde se incluyen traducciones de Constituciones, estatutos, el trabajo realizado en editoriales franciscanas. Incide en la dificultad que supone a la hora de delimitar la parte teórica y práctica de estos documentos internos dado el riguroso anonimato de las traducciones y aclara que la traducción interna de la Orden es la que realizan los traductores oficiales, miembros de la oficina de traductores, por encargo de la Curia. Entre los traductores e intérpretes oficiales de la Curia para el español en la actualidad están Fr. Óscar Guadalupe Villalobos Avendaño, su antecesor fray Rubén Camps Mezquida; o fray Fernando Navarro Bernal, entre otros.

En el artículo «Franciscanos españoles: censura y traducción», Ana M. Pérez Lacarta analiza la influencia de la censura en las traducciones realizadas por las clarisas y los franciscanos españoles tanto en la Península Ibérica como en Iberoamérica, así como el papel que, como examinadores de traducciones, desempeñaron los calificadores franciscanos del Santo Oficio. Respecto a las traducciones de la Biblia en lengua vulgar, la situación no fue la misma en todos los países de Europa, ni en todos los reinos. Mientras que en Aragón, Jaime I el Conquistador las prohibía en lengua romance, en Castilla se traducía al castellano. También en América fue evidente el celo de la censura hasta el extremo de

menospreciar la labor de los misioneros franciscanos por dar a conocer la lengua y la cultura de los indígenas y para poder comunicarse con ellos. Hubo textos y traducciones que jamás se imprimieron y otros tuvieron que salvar múltiples obstáculos para poder ver la luz como es el caso de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. Ya en la actualidad, los traductores franciscanos españoles se rigen por el Código de Derecho Canónico, que establece que sólo se pueden publicar las traducciones a la lengua vernácula de la Sagrada Escritura si han sido aprobadas por la Sede Apostólica o por la Conferencia Episcopal acompañadas de notas aclaratorias.

En «La emendatio como operación traductora en fray Ambrosio Montesino», Carlos Moreno trata de explicar la versión castellana de *Epístolas y evangelios* del misal romano realizada por fray Ambrosio Montesino. Para llevar a cabo este estudio, toma como base una de las tres leyes fundamentales propuestas por el tratadista Alexander F. Tyler, concretamente la tercera que consiste en que la traducción sea comparable en su composición retórica a la del original por medio de una adecuada conformación sintáctica y fonética. Comprobamos que el término *emendatio* hace referencia a la corrección final de un texto, es decir a la labor de acabado, pulimento y retoque final. Es en esta última parte compositiva de cualquier obra, donde el traductor puede alcanzar el reconocimiento e incluso superar a los que lo han precedido en la misma labor y donde se refleja su labor más creativa y personal. Según nos refiere el autor de este artículo, el primero en realizar la labor de añadir, quitar o cambiar fue Quintiliano en el cuarto capítulo del libro x de su Retórica, resaltando la importancia o utilidad de esta última fase de la composición de un discurso: la *emendatio.*

Recoge David Pérez Blázquez en su artículo «Registros de lingüistas y traductores franciscanos en los catálogos del conde de la Viñaza y de Antonio Tovar» que la labor de los franciscanos fue extraordinaria y superior a la del resto de órdenes misionales que llegaron al Nuevo Mundo, aunque el tratamiento de su obra se refleja de forma distinta en dos catálogos hispánicos clásicos de lingüística amerindia: la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América,* del conde de la Viñaza, que sigue las pautas metodológicas trazadas por el *menendezpelayismo,* y el *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, de Antonio Tovar que antepone el moderno cientifismo lingüístico a los testimonios históricos que cimentaron la filología amerindia. Su contraste evidencia que, a pesar de ser dos obras distintas en lo que a método y concepción se refiere, resultan cronológicamente complementarias en el registro de escritos franciscanos. La obra del Conde de la Viñaza es, según el propio compilador, una «Bibliografía de los trabajos referentes a las lenguas indígenas de América, escritos por los españoles desde el siglo xvi hasta nuestros días». A mediados del siglo xx se reanuda el estudio de las lenguas amerindias en el ámbito hispano gracias a los trabajos de Antonio Tovar cuya bibliografía es insuficiente para el estudio historiológico de la filología amerindia, comenta David Pérez, al comprobar que Tovar solo recoge media docena de autores franciscanos del siglo xvi, el «verdadero siglo de oro» de la literatura y lingüística franciscanas según Castro y Castro. Concluye David Pérez que Tovar se deja en el tintero a varios franciscanos cuyos trabajos son testimonio y referencia en los estudios sobre varias lenguas aborígenes, concediendo una mayor dedicación a los investigadores modernos.

Parece que otra de las actividades atribuibles a los franciscanos pudiera ser la de trovadores según reza en el artículo «Trovadores, filósofos y traductores: franciscanos catalanes a través de los siglos» de Agustín Boadas, OFM. Entre las muchas preocupaciones e inquietudes que configuraron la vida de san Francisco estaba también su preocupación por los libros. En sus escritos se recoge la orden de que cualquier pergamino sea salvado, trate de lo que trate, esté entero o sea un miserable trozo, porque con sus letras se puede formar el nombre de Dios, en idioma conocido o no. Pues bien, el autor de este artículo lo toma como base y plantea como objetivo qué se puede decir de la historia de la traducción franciscana en relación al catalán. Recurre a los fondos del Archivo Provincial de Barcelona de los franciscanos y coloca en paralelo tres parámetros: el desarrollo de las bibliotecas, los traductores que allí se encontraban y avatares que jalonaron este recorrido. Comenta Boadas que la provincia de Aragón fue una de las más «observantes», término que utiliza para explicar que esa observancia se tradujo en la austeridad del arte y la ausencia de libros, excepto los necesarios, que no eran otros que libros de liturgia, documentos fundacionales y pergaminos de donaciones y, sobre todo en las curias provinciales, documentos de la Orden. Sin embargo, los frailes más pragmáticos, los dedicados al estudio, se escudaron en la bula de Gregorio IX, que establecía que las posesiones fuesen de la Santa Sede. Así se multiplicaron bibliotecas y códices, transcritos, adquiridos o heredados. Además, por esta época los frailes empezaron a ir a París a estudiar y traían nuevas obras. Estos estudiosos se verían beneficiados una vez que apareciese la imprenta, pues gracias a ella, la legislación de la Orden se modificaría y les permitirían tener libros en la celda y el establecimiento de archivos. Indudablemente supuso también un cambio de orientación en los franciscanos, dado que inclinaron sus preferencias a editar traducciones. El primero de ellos fue fray Pedro de Castrovol que editó en Lérida y Pamplona obras de Aristóteles, aunque además de en latín editaron en catalán y castellano, como fray Pedro de Aragón, si bien por lo que respecta a incunables catalanes, son pocas las referencias.

Alrededor de 1560 empieza a funcionar la primera biblioteca en Santo Tomás de Riudeperes, gracias a las nuevas necesidades evangelizadoras y a la preocupación por la formación de los frailes que tuvieron que estudiar en Alcalá de Henares hasta que se formó el grupo suficiente en zona catalana. Iniciaron esta andadura de la mano de fray Miguel Masnonell, que quería libros de piedad en catalán y de erudición en latín. Tras ciertos disturbios se traslada el estudio a Barcelona donde se crea el Colegio de San Buenaventura de las Ramblas. A pesar de la labor de purga impuesta por la Inquisición, la imprenta no dejó de extender sus tentáculos y así en los Países Bajos aparecieron por primera vez un índice de libros prohibidos en 1514, mas tarde en Inglaterra, Francia, Venecia, Lovaina, Toledo y Valladolid. Según Agustín Boadas, aun se conservan en el Archivo Provincial algunos de estos libros «censurados», libros erasmianos, libros de espiritualidad, etc., aunque son escasos los franciscanos traductores de este periodo. Añade que la Provincia de Cataluña gozó de un verdadero renacimiento cultural con la instauración del Colegio de Escornalbou para formar misioneros destinados a zonas cataloparlantes. Ya en el siglo XVIII hubo una escuela de amanuenses en Escornalbou, se cambió la liturgia monástica

por una más ligera y expresiva. Iniciamos el siglo XIX, o «siglo de las sombras» como lo hace llamar el autor de este artículo, con la llegada de las tropas napoleónicas, que, a pesar de instalarse en la mayoría de los conventos, no parece que la devastación de libros fuera apocalíptica, aunque nos recuerda Boadas que el Colegio de San Buenaventura de las Ramblas en Barcelona se quedó sin biblioteca. No corrió mejor suerte el Colegio de Riudeperes que acabó siendo abandonado y destruido, aunque se salvaron un millar de pergaminos al igual que una sección de gramáticas y obras elementales para aprender griego y latín gracias a la astucia de los frailes que habían distribuido los libros entre familias amigas. A modo de conclusión decir que la Desamortización de 1835 supuso el golpe de gracia al patrimonio librario franciscano, sólo se salvó del expolio lo que los frailes llevaron debajo del brazo, los que depositaron en familias amigas o en algún monasterio como las clarisas de Jerusalén en Barcelona. Años después, Pío IX ordenaría que fueran devueltos a los frailes, para acabar algunos cayendo en las brasas revolucionarias de 1936, como el archivo provincial de Vic que fue expoliado. Habrá que esperar a 1973 para que el P. José Martí Mayor, nombrado bibliotecario provincial, conventual, archivero y cronista salvara los fondos antiguos y los ordenara con el objetivo de dar a conocer el patrimonio franciscano que todavía hoy se conserva y que junto con los «despojos» de Berga, Vic, La Bisbal, Vilanova y Cristo Rey en Barcelona completen hoy el Archivo Provincial.

El género elegido por Belén Lozano para esta obra polifónica es la poesía. Nos presenta el artículo «Los poemas de Verdaguer dedicados a la figura de san Francisco y su traducción al castellano, obra de Luís Guarner y el hermano franciscano Juan Bautista Gomis» tomando como punto de partida el poema *Sant Francesc* de Jacint Verdaguer, uno de los poetas catalanes más importantes de todos los tiempos y que trató de mirarse siempre en el espejo de san Francisco. Asimismo, la autora pretende plasmar la influencia mutua entre dos grandes genios catalanes Gaudí y Verdaguer y, entre Emilia Pardo Bazán y el poeta catalán para concluir con el franciscano Juan Bautista Gomis, traductor del poema *Sant Francesc* al castellano casi cien años más tarde de su aparición. Verdaguer escribe el primer poema de tema franciscano, *Sant Frances s`hi moria,* coincidiendo con su ingreso en la tercera orden de San Francisco. Recordemos que en el ámbito de la literatura española, desde el Siglo de Oro, el Poverello es una constante, sobre todo en la hagiografía, de ahí que el uso de esta figura se convirtiera en un icono cultural universal. Más de una década después, Emilia Pardo Bazán escribe la biografía novelada de *San Francisco de Asís* en la que alterna historia y ficción. Además de los poemas dedicados a san Francisco, Verdaguer publicó *La Passió de Nostre Senyor Jesucrit* y una trilogía de *Jesús Infant*. Estas profundas creencias religiosas las compartirá con su coetáneo Gaudí. Igualmente se nos habla de la influencia mutua entre las obras de Pardo Bazán y Verdaguer dedicadas a la figura de san Francisco como así consta en una carta escrita por éste último y dirigida a la Condesa de Pardo Bazán, recogida en el libro *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán.*

Pino Valero elige como tema «Las traducciones al catalán de las reglas franciscanas». Es evidente que la labor de los franciscanos si no encontró límites en su misión evangelizadora no parece que los hubiera encontrado en lo que a

escritos y traducciones respecta. La autora reconoce ya en la introducción de este artículo cómo los escritos franciscanos constituyen uno de los *corpus* textuales más traducidos a la lengua catalana y para ello se basa en la bibliografía del volumen *Fonts Franciscanes*, una traducción de cinco volúmenes de las fuentes franciscanas realizada y editada por el padre Francesc Gamissans, hecho que viene a ratificar la importancia del «franciscanismo» en Cataluña. Aunque es sabido que los franciscanos llevaban a cabo habitualmente traducciones de sus escritos y fuentes, incluidas las reglas que aparecían únicamente en boletines y publicaciones de «consumo interno», la autora de este artículo se centra en las traducciones catalanas que han sido publicadas y editadas para un público más general, y de forma más concreta recoge y analiza las traducciones catalanas de lo que constituye la llamada regla franciscana, es decir, las normas que rigen la vida de sus seguidores, ya sean frailes o monjas.

Javier Aniorte analiza en su artículo «Los traductores en la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo de Valencia» la llegada de los primeros capuchinos a Valencia (1596). También ellos dedicaron parte de su esfuerzo a la labor de la traducción. En su labor misionera durante los siglos XVII y XVIII destacan el P. Ángel de Valencia, el P. Lorenzo de Alicante y el P. Francisco Catarroja, quien escribe el primer vocabulario motilón. Y así a lo largo de los siglos irán surgiendo capuchinos que supieron compaginar su labor misionera con la traducción como por ejemplo Basilio de Teruel, Luis de Flandes, Félix de Albaida, Benito de Bocairente, Antonio de Muro, Jesús de Orihuela, etc. Una vez analizada su labor traductora (más de mil títulos recogidos por el P. Salina) nadie duda en pensar que estamos ante las traducciones más antiguas, las que en mayor medida muestran la presencia e importancia del traductor incorporando su nombre al título de forma bien visible e incluso, dando a este la oportunidad de expresarse mediante prefacios o dedicatorias. Incide en el hecho de que en todos los siglos desde la aparición de la Orden en la Provincia de Valencia, la traducción ha estado presente a través de varias publicaciones, a pesar de las fluctuaciones en el número de miembros, así como de los sucesos históricos acaecidos. Respecto a las lenguas de las que se traduce, comenta el articulista que son primeramente, el toscano y más tarde el italiano dada la naturaleza de las fuentes franciscanas y la relación de todas las provincias con las instituciones con sede en Italia. Y aunque el catalán es lengua vecina, sólo consta una traducción. El contacto con el francés estaría justificado no sólo por motivos de viaje, sino por las traducciones; y con las lenguas americanas e indonesias gracias a la rica producción de gramáticas y vocabularios, etc.

En el artículo «La traducción valenciana del siglo XVIII de la vida de fray Pere Esteve: una estrategia "franciscana" de difusión devota», Vicent Josep Escartí expone con detalle cómo Pere Esteve, natural de Denia, fue un fraile franciscano que utilizó el catalán local para tratar de llegar más fácilmente a los estamentos populares de la sociedad de su tiempo en el Reino de Valencia. Nos refiere cómo a la Biblioteca de Valencia llega finalmente un manuscrito que, tras cambiar varias veces de propietario, logra encontrar el verdadero espacio de acogida. Se trata de un manuscrito encuadernado en pergamino, en cuya portada resume la vida del padre Pere. Nunca se habría sabido de él si no es por la labor de Roc Chabàs, canónigo archivero de la catedral de Valencia, que

fue el primero en poner en circulación la noticia de su existencia. Otro de los franciscanos que guarda estrecha relación con el padre Pere Esteve es Cristòfor Mercader quien según consta redactó un *Breve Compendium rerum memorabilium almae provintiae Valentiae regulares observantiae* SPNS *Francisci, anno 1680* donde incluía una breve biografía y alabanza de la figura de Esteve, reproduce sus poesías e incluso algunas de sus obras enteras. Vicent Josep Escartí cierra el artículo dedicándole unas páginas a la traducción de Leopold Ignasi Planells, reconociendo que a día de hoy se desconoce prácticamente todo sobre él. Lo que sí parece evidente es que se ocupó del resumen y de la traducción de la *Vida* del padre Pere Esteve publicada en 1677 por Mercader. Se sabe que mostró gran interés por recuperar y difundir el uso culto de la lengua nacional, pues en su *Lecioncilla,* escrita en castellano, se encarga de proporcionar unas normas básicas para la lectura y escritura del valenciano. Concluye el autor que tanto la labor de Planells como la de otros de su siglo y del siguiente, fue intentar transmitir determinadas ideas a unos ámbitos poblacionales de escasa formación cultural y que a duras penas debían entender el castellano, la lengua impresa mayoritaria.

Siguiendo en la misma línea de la traductografía de los franciscanos españoles, Elena Serrano investiga sobre «Eugenio de Potríes, traductor de literatura sacro-pastoril». Orienta su estudio hacia la labor de traducción de los capuchinos valencianos, orden religiosa con fecunda actividad en este campo. De la mano de la «literatura sacro-pastoril», una literatura que adopta como punto de referencia argumental la iconografía pastoril y la aplica a la vida piadosa, nos conducirá hacia la transmisión de la devoción a la Divina Pastora en Francia e Italia a través de las traducciones del capuchino Eugenio de Potríes, Para tratar los orígenes de la denominada literatura sacro-pastoril, Elena Serrano se remonta a algunos salmos de la Biblia, concretamente la Parábola del Buen Pastor donde, tanto el pastor como el resto de los elementos referidos al icono pastoril, poseen igualmente un sentido religioso. Recoge Elena Serrano que el primero en sacralizar el icono pastoril fue san Juan de Ávila, corriente de la que participa también fray Luis de León, sin olvidarse de san Juan de la Cruz. El hecho de que ambas corrientes literarias, la sacra y la mundana, siguieran un proceso paralelo le lleva a preguntarse a la autora de este artículo si tal vez la aparición de la variante religiosa no tuviera su origen en una imitación de la profana, sin obviar por ello el influjo tridentino, pues el Concilio de Trento defendía el valor del culto a las imágenes religiosas, pues acercaban la expresión de la fe a las gentes. Llegados ya al siglo XVIII surge la variante femenina del pastor santo, la Divina Pastora que parece tener su origen en España cuando el capuchino fray Isidoro de Sevilla rinde culto a la Virgen María bajo la advocación de «Divina Pastora de las almas», imagen que motiva un copioso caudal literario. La originalidad del capuchino Eugenio de Potríes es que aborda la «traducción cultural» en la que no se vierten textos, sino el mundo referencial de la advocación de la Divina Pastora.

En «Tierra Santa multilingüe. Las traducciones de las obras del padre Bernabé Meistermann, OFM, por franciscanos españoles» Lieve Behiels pone de relieve la relación de de los franciscanos con Tierra Santa. Tras un recorrido por la historia, nos recuerda que ya desde los orígenes del Cristianismo habían

empezado las peregrinaciones a Tierra Santa y resalta el carácter internacional de la Custodia de Tierra Santa que fomentaba la convivencia de figuras intelectuales de distintos orígenes y lenguas, una institución multilingüe que generaba traducciones y en muchos casos, también funcionaba como centro logístico de impresión y difusión. Por lo que respecta a Bernabé Meistermann, la autora ofrece algunos datos biográficos. Su libro más conocido es *Nouveau guide de Terre Sainte* cuya traducción fue encomendada al padre Samuel Eiján. Contiene información actualizada gracias a los complementos aportados por el autor y adaptada a las necesidades del lector español. Eiján, además de traductor, también poseía grandes dotes de escritor. Embarcó para las Misiones de Tierra Santa a primeros del siglo xx donde continuó su labor de escritor como así lo refleja su biografía. Aunque no se dispone de documentación acerca del encargo de traducción que debió recibir el padre Eiján, Lieve Behiels, llega a la conclusión de que lo que prima es la funcionalidad de la guía en español, con toda la información que pudiera necesitar el peregrino en su viaje, información arqueológica, histórica, geográfica, etnográfica, etc. y que logra transmitir la información de modo adecuado, aunque se observen casos en los que, una comprensión equivocada de la sintaxis o del léxico induzcan a un mensaje equívoco o a veces erróneo. Resalta que las intervenciones conscientes del traductor añaden un colorido más dramático y algún juicio ideológico tajante en comparación con el original, más tolerante con otras convicciones religiosas.

Jana Králová en «Observaciones sobre la recepción de las actividades filológicas de los franciscanos en la cultura checa» trata de esbozar la presentación de las actividades filológicas de las órdenes religiosas (jesuitas, paulinos, agustinos, escolapios, caballeros de la cruz, franciscanos, benedictinos, cistercienses) al público checo, destacando las lagunas que se produjeron en esta área como efecto de cierta interpretación coyuntural de la historia. Acercándose a las obras orientadas a la historia del franciscanismo en la Republica Checa, comenta Králová que en los libros publicados en la última década, las menciones de su papel en el área de las letras son más bien esporádicas. Recoge la cita del franciscano Jan Bosák Vodňanský, autor del diccionario latino-checo, el primero publicado en checo, en cuyo prólogo destaca que las cualidades expresivas del checo son iguales a las del latín y que «no hay libros griegos ni latinos, que no puedan ser vertidos al checo». Concluye su artículo diciendo que la Compañía de Jesús es la más estudiada, aunque la traducción monacal en el período del humanismo permite a los investigadores no sólo llenar las lagunas del conocimiento de su propia cultura, sino que también abre el camino para profundizar en él.

«La lengua es el mayor tesoro de la cultura y, al mismo tiempo, la más sensible y reconocible de las señas de identidad» (Ryszard Kapuscinski) poco se puede añadir a esta cita con la que introduce Agata Orzeszek su artículo «La aparente no traducción franciscana en Polonia». Su estudio se centra en el padre Sikora a quien tuvo la oportunidad de visitar tras conocer que había traducido a su lengua materna, el casubio, los cuatro Evangelios (todos del griego) y diecisiete Salmos de David (del hebreo). Incide en la labor traductora y casi anónima de los franciscanos polacos a lo largo de los siglos. Teniendo en cuenta que la Edad Media polaca transcurre bajo el signo de órdenes mendicantes, es lógico

pensar que destaque la franciscana. El primer convento franciscano se funda en Cracovia en 1236. Entre los siglos XIII y XIX, la invisibilidad del traductor es casi absoluta, es a partir de este siglo cuando empiezan a salir de su anonimato, pero no por su labor traductora, sino por deportaciones, destierros, clausuras de conventos, y monasterios, condenas a trabajos forzados en Siberia, etc., en esa lucha por sobrevivir hubo alguno, concretamente el capuchino Prokop Leszczynski que, refugiado en Galitzia, se dedico a traducir al polaco la mayor parte de la obra de san Alfonso María de Ligorio, y aprovechando su estancia en la India oriental, lugar al que fue enviado para predicar, tradujo del francés el Gran Catecismo, primero al inglés y más tarde al indostánico. En los siglos XVI y XVII los franciscanos amplían su misión evangelizadora llegando incluso a Turquía y Japón. Para llevar a cabo su labor misionera aprendes desde el panruso en todas sus modalidades (ruso, bielorruso y ucraniano), pasando por el turco, japonés, moldavo, lenguas todas ellas a las que traducen o autotraducen sus sermones. La autora comenta que tuvo la oportunidad de entrevistarse con el padre Sikora en el convento de Poznan y de traductora a traductor quiso saber qué le había llevado a emprender ese tipo de trabajo, qué método había seguido, qué opinaba de su contribución a la normalización de la lengua casubia literaria contemporánea y qué opinión le merecía el éxito de *Verba Sacra*. Respuestas como «el deseo franciscanos de llevar la palabra de Dios al pueblo llano», «continuar con su misión evangelizadora», «hacerse amigo de los autores de los textos», «soy un mero instrumento, un transmisor, mensajero y embajador de la palabra de Dios», son prueba suficiente para concluir que misión traductora o evangelizadora, las dos, se funden en una sola como siempre ha sido en los franciscanos a lo largo y ancho de los siglos.

José M. Alonso del Val, OFM, en «Aventuras apostólicas y literatura de viajes de los franciscanos Fr. Pascual de Vitoria (por Asia) y Raimundo Llull (por el Mediterráneo)» afirma que a partir del último tercio del siglo XIII y durante el XIV, se brindará a Europa la oportunidad de ir abriendo nuevos caminos y rutas de intercambio en el Extremo Oriente: hacia el Khanato del imperio celeste Chino, donde se establecen las primeras diócesis católicas. Dos de estos embajadores apostólicos del Occidente cristiano y español, a la vez que en nombre de la Sede Pontificia, son los escogidos en este trabajo desde la Orden Franciscana: un sacerdote: Pascual de Vitoria y el otro laico: el gran humanista y defensor del diálogo evangelizador eclesial; Raimundo Lulio. El autor hace una breve exposición sobre la literatura de viajes a las Indias. Va trazando unas pinceladas históricas para llevarnos de la mano hacia una pléyade de prolíficos embajadores misioneros y fabulosos escritores que encandilaron a sus lectores y oyentes con ese refrán castellano tan pertinente: «de lo que vieres la mitad creyeres y de lo que oyeres la mitad de la mitad». De Fr. Pascual de Vitoria nos presenta su itinerario por la ruta asiática estrechamente unido a su actividad apostólica. Finalmente acabaría en el martirio por no renegar de su fe cristiana. En cuanto al apostolado misionero y ecuménico de Ramon LLull, comenta José M. Alonso cómo su esmerada y profunda formación le permitió alcanzar un gran reconocimiento, pues entre sus obras destaca: una *Lógica, el Libro de la contemplación y el Dialogo del gentil* escrito en árabe que más tarde traducirá al catalán, actividad esta que compaginaría con su labor evangelizadora.

Crea conventos y monasterios orientados hacia la preparación de personal misionero con el estudio de las lenguas.

En el artículo «Franciscanos en el Japón de la era Tokugawa. El viaje de fray Luis Sotelo», Lourdes Terrón describe el viaje realizado por el franciscano fray Luis Sotelo con motivo del envío de la Embajada Keicho a España y a Roma entre 1620 y 1630. Para comprender la labor llevada a cabo por este franciscano en aquel viaje, hay que entender la rivalidad competitiva que surgió en aquella época entre las diversas órdenes religiosas de los misioneros causadas básicamente por la división territorial de los nuevos mundos descubiertos que marcaban las dos rutas más importantes del Pradoado Portugués y Patronato Español. La autora nos habla del contraste entre los dos métodos de evangelización empleados en aquella época: los jesuitas, ante una sociedad vertical y de elevada cultura, se acercaban a las clases altas y presentaban un Cristianismo promotor de los valores positivos culturales existentes en el país; las demás órdenes monásticas, entre ellas los franciscanos, por el contrario predicaban un Cristo pobre a los pobres y consideraban la tierra nativa «vacía» donde se plantaba la semilla cristiana.

Menghsuan Ku en su artículo «La huella de los franciscanos en China: los principales documentos chinos» comenta que los documentos sobre los franciscanos en China escritos en chino o traducidos son relativamente pocos si los comparamos con los de otras órdenes como los jesuitas o los dominicos. Sin embargo, estos escritos son importantes porque relatan el esfuerzo de los frailes franciscanos para desarrollar su misión religiosa, así como el esfuerzo por conciliar las dos culturas. Por ello, el objetivo de Ku es compilar todos aquellos documentos hallados en chino. Para una mayor claridad, la autora presenta primeramente una breve historia de los franciscanos en China y más tarde analiza los documentos, principalmente libros, que divide en tres categorías: el desarrollo histórico, conflictos rituales y la contribución médica como Ben Cao Bo (Estudio complementario de las hierbas). Conviene resaltar que desde el punto de vista de la variedad de las publicaciones encontradas, la llegada de la orden franciscana a China fue acompañada de una serie de temas bilaterales relacionados con las diferencias entre Oriente y Occidente. Asimismo, la contribución médica de Pedro de Piñuela ofreció a los chinos la oportunidad de acercarse a la medicina occidental, aparte de la medicina tradicional de China. La evangelización trajo la concepción del Dios occidental, diferenciado de los dioses chinos. Concluye Ku que ente el pasado y el ahora se percibe que el tema de la orden franciscana que se había tocado poco en China ya empieza a ser más conocido y añade que fuera de China, donde actualmente trabajan principalmente religiosos chinos, cuentan con Taiwán y Hong Kong donde se localizan un total de siete comunidades de franciscanos.

Nadchaphon Srisongkram en «Los franciscanos españoles en el Siam de la era de Ayutthaya: la descripción de fray Marcelo de Ribadeneyra» afirma que el documento más importante que circuló por Europa en el siglo XVII sobre el reino de Siam es la *Historia de las islas del archipiélago, y reinos de la gran China, Malaca, Siam, Camboya y Japón* publicado en Barcelona en 1601, escrito por fray Marcelo de Ribadeneyra. La historia se construyó en base a los testimonios que fray Marcelo fue recogiendo de los franciscanos que habían

ejercido el apostolado en aquellos países y, por una u otra razón, recalaban en Manila. Su voluntad por escribir, con rigor casi antropológico, los usos y costumbres de esa sociedad es muy encomiable, añade, y le resulta casi entrañable ver cómo su falta de referencias fuera de la estricta cultura europea le hacen escandalizarse ante algunas costumbres budistas. En cualquier caso la *Historia* de Ribadeneyra, se sabe que tuvo una enorme influencia en Europa y modificó la forma de entender la realidad del continente asiático. Se sabe que la vida de aquellos misioneros no fue fácil, sin embargo su testimonio permitió dar a conocer en Europa un mundo tan ajeno para occidente como era, y en buena medida sigue siendo, el reino de Siam. Concluye el autor que, el contacto con los diferentes, hecho con el respeto necesario, siempre amplía horizontes, nos obliga a preguntarnos quiénes somos y qué es lo que creemos y, en definitiva nos enriquece.

Ana M. Mallo Lapuerta en su artículo «La traducción audiovisual en la liturgia franciscana: la celebración de la Eucaristía en Nuestra Señora de Arantzazu» habla del santuario franciscano de *Arantzazu* en Guipúzcoa. Se considera un centro cultural de la sociedad vasca y un lugar frecuente de peregrinación. Gracias a la normalización y a la unificación de su lengua, el *euskera batua*, se puede encontrar una extensa biblioteca de obras literarias que publica la comunidad religiosa del santuario en esta lengua, al igual que traducciones al euskera de obras religiosas realizadas por los propios franciscanos del santuario. Tal y como comenta la investigadora, la Misa mayor de los domingos y festivos se ha convertido en una verdadera labor de traducción y de comunicación. El idioma utilizado principalmente es el euskera, aunque siempre se ha tenido en cuenta el hecho de que haya fieles que no sepan hablar esta lengua y se traduzcan al castellano ciertas partes de la misa como las lecturas o los salmos. En resumen, la traducción audiovisual en el Santuario y, en concreto, en la Misa mayor, surgió como una necesidad para procurar la comunicación entre los fieles, y en la actualidad es una labor imprescindible.

En esta misma línea de avances tecnológicos se orienta la investigación de Paloma Molledo: «La audiodescripción en el cine sobre los franciscanos. Traducción y custodia de lecturas prohibidas en *El nombre de la Rosa*». Sabemos que la audiodescripción es una disciplina que permite tanto a invidentes como a discapacitados visuales comprender una película gracias a las descripciones de una voz en off que se insertan en los silencios entre diálogos y que describen los elementos visuales de una película. Analiza varias escenas de la película mediante las cuales se puede conocer la orden franciscana, a la vez que comprobar si la versión audiodescrita consigue transmitir todos los detalles de la misma, pues el fin último es hacer la imagen accesible a ciegos y discapacitados visuales. Molledo llega a la conclusión de que desde este tipo de traducción intersemiótica no siempre se pueden cumplir todas las expectativas de la audiodescripción, dada la temporalidad del discurso.

Qué mejor manera de poner broche a esta tarea tan laboriosa y a veces desalentadora como es la investigación que con unas notas musicales. Esta labor le corresponde a Daniel S. Vega Cernuda quien en su artículo «Una traducción peculiar: el franciscanismo español y la música» afirma que la labor de estos franciscanos incansables que nunca encontraron limites y cuya única estrategia

para entonar la fe fuera de su entorno fue recogiéndose en el silencio, también dejaron su huella en la historia de la música. Tras unas breves reflexiones sobre traducción, música e interdiscursividad, Daniel S. Vega hace un breve recorrido por la labor de traducción musical llevada a cabo por franciscanos españoles tales como fray Juan Bermudo, fray Pablo Nasarre, Padre Donostia, Saturnino de Legarda, Tomás M. de Elduayen, Dionisio Preciado, Roberto de la Riba, Antonio Martorell i Miralles, Vicente Pérez Jorge y Esteban de Cegoñal, para detenerse después en la labor de rescate de la discursividad aborigen que, más allá de los imperativos de la evangelización, algunos antropólogos, misioneros franciscanos como fray Bernardino de Sahagún, fray Francisco de Solano y fray Luis Jerónimo Oré, realizaron a través de la música. Confiesa el autor que en este artículo no ha pretendido agotar hasta el detalle sus peripecias y conscientemente deja puntos interesantes en el aire. Lo expuesto demuestra que el franciscanismo español ha estado muy bien representado en la historia de la música, ese lenguaje que potencia la comunicación al ser traducido en sonidos no articulados y con lo cual la poesía alcanza su máximo grado de expresión. Se trata de otro tipo de actividad traductológica, con su semiología propia, que en unos casos potencia el sentido de los textos «traduciéndolos» y enriqueciéndolos con nuevas aportaciones; en el caso de los misioneros se imbrica, además, con la traducción literaria, para convertirse en cantos de la fe.

M. Cruz Alonso Sutil